

ACEPCION DE ANGURRIENTISMO

por Leoncio Guerrero

ANGURRIENTISMO significa HAMBRIENTOS. Esto es, hambrientos de vida nueva, de chilenedad verdadera, de ternuras nuevas. Como los angurrientos vagamos con las inquietudes artísticas al hombro, poncho de urdiembre recia y de colorido sonoro. En médio del arte académico, imitación e influencia europea, echamos la palabrota criolla, que a fuerza de usarse se ha convertido en idioma. El roto se viene encima con toda la fuerza de la raza. Roto ya no debe ser sinónimo de mugre, estupidez, relajación. Roto debe ser la síntesis de la chilenedad, de esta chilenedad armada con indios, extremeños, andaluces, vascos, alemanes, franceses, italianos. Pueblo macho que absorbe a la hembra rubia nórdica, a pesar de las composiciones artificiales racistas de

nuestros enemigos nacismo y fascismo. El roto está en todos los chilenos y en el fondo es un angurriente aherrojado, menospreciado, impedido. Y por allí anda, a pesar de todo, con su sombrero picoteado, entrometiéndose en todo, aflorando en el gesto, en la campechanería, en la interjección. En la literatura y en el arte conquista a las hembras rubias de las técnicas europeas para tener con ellas hijos duros, morenos, recios. Y no vástagos a los cuales se les ande buscando europeis-

mo, a pesar de los pómulos salientes. Desde el fondo de este pueblo nuevo vienen asomando sus pelos hirsutos el huaso, el roto con sus disfraces de minero, peón, cesante, empleado, profesor.

En todas las actividades hay angurrientismo. En la política, en la medicina, en la aviación,

en el deporte. En lo político el resumen del angurrientismo se ha hecho Frente Popular. Frente de los hambrientos, impedidos, desplazados. Una montaña de votos vengadores y liberados lo subrayó. Don Pedro Aguirre es el roto estilizado que está dando audacia a todos los angurrientos, es decir, a la chilenedad. Allí está con su rostro de inquilino sonriéndose socarronamente, pero sin vergüenza de sus ancestros.

Nosotros, un grupo de escritores, hemos intuido esta marea. La hemos sentido como un alabonazo dado por los cinco dedos de la raza, lo social, lo económico, lo político, lo artístico. Y como todo esto forma un total indivisible, nadie se puede desgajar de estos cinco mandamientos. Menos que nadie los angurrientistas, los desaliñados del espíritu, como dirán algunos sin anteojos de larga vista. El cuento, la novela, la música, el verso, el edificio, la estatua, el charro son los pregoneros del hambre de un pueblo, del hambre física y espiritual, hecha realidad artística.

Angurrientismo no es un ISMO más. Lo es en la eufonia de la palabra. No quiere encajillarse a nadie. Obligar a nadie. Sólo quiere captar lo que se "está cayendo de maduro". Todo el que vibre con las cua-

lidades del hambriento, con el deseo de chilenedad impuesta y superpuesta, está con nosotros. Todo nacional es un angurriente en el fondo. Entre nosotros no hay jefes, ni creadores, de movimientos. Todos hemos afluído con la misma inquietud y ~~la misma orientación, desembo-~~

cando en el ansia de prepotencia de lo que en esta olla larga de Chile se ha estado cociendo.

ANGURRIENTISMO es, pues, la valorización de lo impedido y menospreciado, del inquilino, del asalariado del espíritu y del cuerpo. Son los Alegría, los Tangol, los Guerrero, los Godoy, los Barahona y todos los apellidos con resonancia criolla que "levantan la cabeza". Son ~~los que crean con el roto aden-~~

tro. No con el huaso, el roto y el paisaje posando.

El que piense como angurriente será angurriente, nuestro hermano. El que no, automáticamente, estará al otro lado, con la antichilenedad, con los que no nos sienten y no nos quieren.

Angurrientos significa hambrientos; esto es, hambrientos de vida nueva, de chilenedad ~~impuesta y superpuesta.~~

los labios la encendida arena; al viento el estandarte y en el estandarte el mote: Libertad o muerte"; paisaje lívido con pesadumbre de montañés. Pues así me imagino yo a Schiller, con los mismos ojos de fiebre, el mismo gesto a la vez retórico

y sincero, la misma arena quemándole los labios, el mismo barullo, la misma tempestad en la cabeza.

En ninguna de sus obras falta la arena, salvo en las cartas sobre educación estética, lo único que escribió al modo geothiano, quiero decir con inteligencia y orden, quiero decir sin arrebatos ni humo. Pero "Don Carlos" o "Wallenstein" o "Guillermo de Orange", ¿qué son sino grandes mítines sonoros en donde una polifonía impresionante invoca las informes fuerzas de la naturaleza para que se rebelen contra la tradición, contra las formas, contra Felipe II, saltando sobre los límites de las leyes?

En el drama del naturalismo moderno, Schiller es aquel que instrumenta — tururú tarará— la primera obertura. Cuando se alza el telón —plazuela airada con guillotina al fondo— aún suenan en la orquesta las bandurrias sentimentales y los tronitantes apóstrofes de Los banqueros desmentados de la Re-

volución francesa gesticula y chilla sobre el contrapunto de la poesía de Schiller. ¿Por qué, pues, ahora el segundo acto del mismo drama —esta Revolución francesa, que acontece en su propio país— no ha de pedirle himnos a su masa? "Sería de los nuestros, dice la cinta de la corona que un grupo de S. A. llevó estos días a su sepulcro en Weimar. Claro que sí. Sería un S. A. porque ya lo fué en su tiempo. Sería un S. A., porque simbólicamente, Adolfo Hitler es sobre todo un Guillermo Tell, concebido a la manera schilleriana. Sera un S. A., en fin, porque la Revolución francesa fué ya, en el fondo —y en la forma— una revolución nacional-socialista.

Así la interpretó con la clara luz lejana que le puso el Señor bajo la frente, aquél que pudo decir de sus propios ojos:

Veo con un ojo que palpa, palpo con un ojo que ve...

En el 1790 estaba Goethe en Venecia. Paraba en una hospedería que aún existe al lado de la curva del Gran Canal, conforme se bajaba de Santa María Salute a mano izquierda. Un hotelillo a donde yo fui una noche, no sé bien si por goethiano fervor o por envidia, a pedir habitación, con la esperanza de encontrar todavía allí sobre la almohada el temblor de un temblor o la sombra de una penumbra. Tenía entonces el poeta

cuarenta y un años. Estaba en su más dorada y fecunda madurez. Su largo aprendizaje de lo fisiognómico le ha proporcionado tal facilidad de visión, que las cosas se le ofrecen como regaladas y gratuitas. Los reflejos que hasta las aguas sordas de ese canalillo adyacente lleva la vida, cantan para él joviales epigramas. Pero, ¿qué viento turba de pronto las lagunas? ¿Qué cola de un largo espectro estremecido pone un pavor en las alegres rimas? Goethe acaba de leer una gaceta. Hay noticias de París. Pequeñas noticias. Se está discutiendo en la Asamblea la Constitución. Nadie habla todavía de condenar al Rey. Pero a él se le ensombrecen ya los versos, y la gracia y la sonrisa del armonioso exámetro dibuja un ceño de preocupación profunda.

La triste suerte de Francia da que
(pensar a los grandes.

Sin embargo, debería darle más miedo
(aún a los pequeños.

Los grandes van a concluir. ¿Y quién
(podrá luego defender al
pueblo de sí mismo?

El pobre pueblo ha encontrado en la
(democracia su tirano.